

Está en venta la tan famosa novela

## El Escándalo

que inmortalizó al insigne escritor francés

HENRI BATAILLE

publicada en la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATográfica

ÉXITO SIN PRECEDENTES

Precio popular: UNA PESETA

EN BREVE publicaremos en nuestra  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

la enorme producción cinematográfica,  
de intensa emoción

## EL CORSARIO

interpretada por el colosal AMLETO NOVELLI

Precio popular: UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 113

25 cts.



**I PAGLIACCI**  
(PAYASOS)

por  
Adelqui Millar  
**Filmoteca**  
de Catalunya

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 113

# I PAGLIACCI (LOS PAYASOS)

Primorosa producción cinematográfica de la famosa farsa que ha conmovido al mundo e inspiró el genio del excelso maestro R. LEONCAVALLO que hizo inmortal creando la ópera del mismo nombre

Creación de los simpáticos artistas

LILIAN H. DAVIS y ADELQUI MILLAR

Edición norteamericana (Selección Consorcio)

Presentaciones del



CONSORCIO INTERNACIONAL DE EXPLOTACIONES CINEMATOGRAFICAS

Por contracción comercial: C I E C

Central: Aragón, 231 bis - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GINETTE MADDIE

Argumento de la película de dicho título

\*\*\*\*\*

LEMA: ¡Ridi, Pagliaccio!  
(Ríe, Payaso)

En el albergue «El Zorro Blanco», en las montañas famosas del Tirol, todo era, aquella

noche, festejo y jolgorio. Celebrábase el cumpleaños de la hija del patrón.

Giacomo llamábase éste y Nedda su único amor, preciosa muchacha en quien tenía puestas sus más bellas esperanzas.

Tonio, un pobre diablo que sólo había heredado toda la dulce poesía de los antiguos trovadores... que contaba y recitaba versos... y que muchas veces no comía, no podía faltar a la fiesta en honor de Nedda...

Su padre, el voluminoso Guido, ferviente adorador de Baco, iba con él... Sin embargo, sus ilusiones no eran las mismas...

En efecto, mientras que Tonio aceleraba su paso hacia el mesón sobre la nieve de los senderos del monte, para llegar antes al lado de la mujer de sus ansias, Guido se animaba, para seguir andando, con la promesa de que el generoso padre de Nedda le saturaría de buen vino en honor de los diez y ocho abril de su hija.

Y no anduvo del todo desacertado Guido, aunque al principio el distraído mozo le sirviera un jarro de agua. Protestó el alcohólico... y tuvo vino.

Las mozas que celebraban la grata fecha de Nedda, rogaron a Tonio, así que le vieron, que les cantase una de sus canciones tan lindas, de su exclusiva escuela.

Pero Tonio, que no las escuchaba, no las complacía...

—También éste no tiene voz ni ojos más que para Nedda... ¡Como si nosotras no existiéramos! —murmuráronse aquéllas unas a otras.

Y, al aparecer, en lo alto de la escalera que conducía al piso superior de la posada, Nedda, Tonio se colocó en el centro del concurrido lugar, rasgueó en su mandolina, y salió de sus labios la melodía de una dulce serenata.

Su poesía iba dirigida, entre tantos corazones que la recogían con arrobos, a uno solo, el de la bella mesonera, mas era el único que menos sentía su grandeza...

No lejos de allí, entre las cuatro paredes de su señorial castillo, el barón Silvio de Ricardo se aburría soberanamente, hastiado por completo de la monótona vida que arrastraba en su regia mansión.

El criado del noble, celoso por el bienestar de su señor, observó su hastío y permitióse— sus muchos años a su servicio le toleraban tan peregrino privilegio — proponerle sana distracción.

—Si el señor Barón lo desea, puede entreteñerse leyendo las Sagradas Escrituras...—le dijo.

—¡Idiota!... —replicó el castellano— ¿Te figuras que me encuentro en trance de muerte?

Entonces el viejo criado cambió la primera oferta por la siguiente:

—En tal caso, Monseñor, podríais, si ello os pluguiere, dar una vuelta por «El Zorro Blanco»... Allí, hoy, se bebe, se ríe, se canta... y se estrecha, bailando, la cintura de unas chiquillas...

Sonrió el Barón... La idea era buena... Iría al mesón...

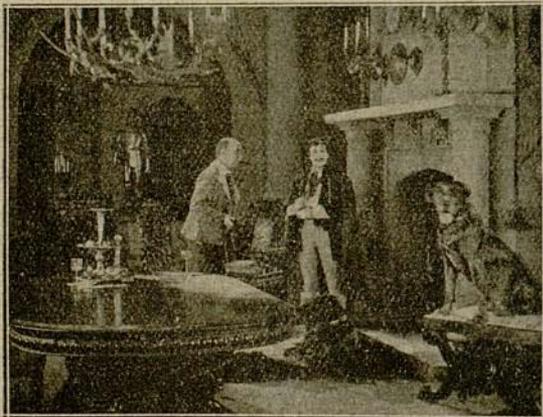
Tonio al terminar su romanza, acercóse a Nedda y llevóla, consigo, a parte de los demás.

—¡Nedda!... ¡Nedda de mi alma!... ¿Por qué eres tan esquiva conmigo?... Te amo con locura... bien lo sabes... Prometiste darme una contestación el día de tu cumpleaños, hoy, precisamente... ¡He esperado esta fecha como un reol... Una palabra, una sola, puede ser mi condena o mi liberación... Será que sí, ¿verdad? Vas a decirme que me quieres, ¿no es cierto, Nedda mía?

—No te propases, Tonio... Sueñas demasiado... ¿Qué crédito pueden merecer de mí tus palabras de poeta sin pan?... ¿Quién eres tú?... ¿Qué tienes para ofrecerme?

Tonio vaciló ante la fría respuesta de Nedda... No obstante, no quiso tomarla a pecho, y pensó que un obsequio, una cadena de plata que pendía de su cuello sujetando una cruz sobre su corazón, la llenaría de júbilo.

Y, gozando de antemano con su alegría, la



Sonrió el Barón... La idea era buena... Iría al mesón...

dijo:

—Poco poseo, tienes razón... Pero aunque poco... quiero que hasta esto, que mucho vale para mí... ¡sea tuyo!

Nedda abrió los ojos radiante de orgullo y dejóse ornar su torneado cuello con el hilo de plata de Tonio...

La orquesta improvisada en la hostería incitaba al bullicio a las parejas.

Se bailaba... se amaba... y se sufría riendo entre amagos de despecho... Amor, locuelo, repartía su flúido sin reparar en los corazones que quedaban vacíos...

Tonio fué de estos últimos... pues cuando llegó el Barón, éste recibió de parte de Giacomo los honores debidos a su abolengo, y Nedda, que había correspondido, con agrado evidentemente marcado, a su admirada galantería, se dispuso a cederle la última danza, unos origi-



Nedda dejóse ornar su torneado cuello con el hilo de plata de Tonio...

nales «lanceros».

Tonio, recordando que Nedda le prometiera bailar con él esa danza, presentóse a la veleta al empezar el baile, reclamando su derecho a ser su pareja.

El Barón le miró con desprecio, y, viéndole con su inseparable mandolina, le soltó una frase despectiva acompañada de una bolsa de plata que arrojó a sus pies.

Tonio, ante tamaño insulto, se abalanzó al noble para castigarlo.

Giacomo y otros le detuvieron, evitando de tal suerte una riña feroz de enamorado ofendido... Y Guido, su padre, listo, recogía el dinero... para pagarse buena bebida.

Impotente, Tonio tuvo que luchar con su propio dolor, mientras Nedda, su adorado tormento, abandonábase al placer desconocido de la inquieta presión que ejercía en su talle... el agradable aristócrata.

Nuevos días llegaron... y nuevas frases de pasión del noble deleitaban el alma de Nedda.

Silvio le hablaba de hacerla su esposa... y Nedda, ambiciosa, necesitaba creer en sus palabras.

Cierta tarde, Nedda y su galán se extraviaron en el monte y la noche les alcanzó antes de darles tiempo de ponerse en el buen camino.

Y les fué forzoso refugiarse en una cercana cabaña, inhabitada.

Giacomo esperaba ansiosamente a su hija... sin que un mal pensamiento entenebreciera su mente, a pesar de que una vieja bruja le insinuara, torpemente, la verdad que ella conocía.

—Ten confianza en la virtud de tu hija, Giacomo...—le decía aquélla—. Ningún peligro corre aunque haya acudido a una cita de amor como tal vez recelas...

No, no dudaba de la honradez de su hija, Giacomo. Nedda era sensata... Así la presentó siempre a todos... y al propio Barón también... Pero la ausencia prolongada de ella le tenía inquieto, muy inquieto...

\*  
\*\*

No había consternado la desaparición de Nedda únicamente a su padre... También Tonio

sufría terriblemente... y no pudiendo ya contener su impaciencia salía en su busca.

La vieja bruja que había visto a Nedda con el noble, le salió al paso a Tonio y fué con él más explícita que con Giacomo, pues le dijo:

—No es necesario que te lleses aparatos de salvamento... Es probable que Nedda haya caído... pero no ciertamente en un precipicio... La ví con el barón Silvio, juntos... muy juntitos...

—¡Qué calumnia es esa, maldita! — clamó Tonio.

—¡Dije la verdad, tonto!

Tonio, agitado como se supone, corrió a comunicar al padre de Nedda la noticia de la vieja.

Giacomo no quiso dar crédito a lo que decía, con desespero, Tonio, seguro como estaba de la bondad de su hija.

—He dicho que está con el barón Silvio... La virtud puede ser pisoteada... Se trata de velar por su integridad.

—No sigas, Tonio... Mi hija sabría defender su honra... Y vendrá pronto, no lo dudes... Y si no viniera... si no viniera en toda la noche... ya no la querría bajo mi techo.

—¿Lo veis?... ¡Estáis dudando!... ¡Y no queréis doblegar vuestro amor propio aunque Nedda se esté perdiendo, tal vez a estas horas con un canalla! ¡Venid conmigo!

—Suelta, majadero...

Presa de una angustia atroz, Tonio, el hombre que amaba con frenesí a la locuela incauta, corría buscándola por las soledades inmensas de las nieves.

—¡Nedda! ¡Nedda!—gritaba a los ecos.

Y sus voces no eran oídas...

Sólo las mismas montañas las repetían con escalofriante oquedad...

En tanto que en la cabaña donde los ena-

morados se refugiaron... el engaño se consumaba sacrificando la pureza de una hija de las albas nieves..

La noche fué la trágicamente glacial testigo de la herida en las alas de una pobre paloma... y el día que la siguió dió al mundo una nueva infeliz...

Silvio le seguía mintiendo promesas y Nedda, amorosa, las escuchaba.

Y de tal modo supo el Barón ganarse el corazón de la flor que la aventura le ofreciera, que ella no se arrepentía de su *transformación*.

—Nedda de mi alma... ten confianza en mí... Huiremos a Roma, donde se ama, donde nos espera la dicha—le murmuraba él con ternura.

—No, Silvio... Seguiremos viviendo aquí... amándonos... Sí... No quiero abandonar a mi padre... Nos casaremos... Viviremos junto a él...

Giacomo se hallaba reunido en la plazoleta del pueblo con la mayoría de sus habitantes y recibía de todos—enterados de la desaparición de Nedda—la misma respuesta de no haberla visto en ninguna parte... excepto la vieja bruja...

De pronto, la hija extraviada apareció en el fondo del sendero, y todas las miradas convergieron en ella.

Naturalmente llegaba sola. El Barón volvía, tranquilo y satisfecho, a su castillo.

Giacomo se adelantó a recibir a Nedda con los brazos ocultos detrás de su espalda para esconder de la vista de su hija el látigo con que, adivinando en su rostro la inevitable vergüenza, iba a castigarla ejemplarmente delante de la humanidad allí presente.

Nedda se temió algo e iba a retroceder muerta de espanto.

Mas Giacomo hirió el aire con su rugente voz;

—¡Dime, miserable!... ¿Dónde has pasado la noche?

—Me perdí... padre... me perdí... ¡Piedad! ¡Ay, ay!... ¡Ayl!...

Giacomo había soltado el freno de su cólera y fustigaba a Nedda con horrorosa brutalidad.

Las gentes no osaban intervenir en aquella desgarradora escena, pero era demasiado salvaje permitir que Nedda sucumbiera a los golpes que laceraban su carne.

Y Giacomo fué reducido a la calma por un grupo de esforzados vecinos, y Nedda se vió libre del suplicio cruel e inaguantable.

Giacomo expulsó a Nedda con asco, para siempre, de su hogar, renunciando a reconocerla jamás como hija.

—¡Huye de mi presencia como una renegada!—clamó— ¡Quítate de mi vista, y pronto, si no quieres que vuelva a pegarte como a un perro!

Y Nedda obedecióle, partida el alma, adolorido su cuerpo...

Y su padre, agotado por la violencia que puso en su trascendental gesto, abrióse paso en el grupo de los asombrados espectadores para reventar su pena en furioso, rabioso llorar, en su mesón triste, muerto casi desde la víspera...

Nedda se arrastró, pues sus piernas se resistían a obedecer a sus deseos de alejarse presto del lugar donde públicamente había sido despreciada, hasta la imponente cruz del Cristo sacrificado que se alzaba entre las nieves en el remanso de paz del borde del camino...

Nedda vió al pie de la cruz del Misericordioso a otra mujer que oraba, y avanzó con respeto hacia El.

La piadosa que contaba sus cuitas al Buen

Pastor, interrumpió sus plegarias cuando notó la presencia de Nedda.

Las dos mujeres, que eran amigas, se interrogaron en silencio... y se consolaron mutuamente.

Penas de amor tenían las dos.

Nedda reveló su triste situación a la otra, y



Nedda se arrastró hasta la imponente cruz del Cristo sacrificado...

escuchó su consejo:

—Puesto que tu padre te abandona... busca refugio en quien te ama... Si quieres... yo misma iré a prevenir al Barón.

—¡Oh, gracias! contestó Nedda a su amiga. Y escribió para Silvio esta nota que le llevó aquélla.

*Estoy dispuesta a seguirte... Dame instrucciones por medio de la portadora de esta carta.*  
Nedda.

El noble enteróse con agrado del escrito de Nedda y entregó a la buena amiga su contestación siguiente:

*Adorada mía:*

*En cuanto cierre la noche iré a buscarte con mi trineo en el lugar donde me indica la mujer que me trajo tu carta, y huiremos a Roma.*  
Tu Silvio.

Tonio regresó al pueblo descorazonado por la inutilidad de sus pesquisas... y bien pronto supo la grave noticia.

Sin detenerse en reflexiones de ningún género, fijo sólo en salvar su amor que se iba, el pobre bohemio se hundió en el camino afanoso de encontrar a su adorada.

Mas el desierto horizonte respondía hosco a sus miradas y el aletargado ambiente oprimía su cerebro.

La cruz del redentor le hizo detenerse a impetrar la clemencia divina.

Serenado su espíritu con la oración, Tonio se resignaba a volver al pueblo y su vista posóse entonces en un arrugado papel que reposaba sobre la nieve. Tomólo por curiosidad y leyólo. ¡Era la contestación de Silvio a Nedda; la cita para la fuga!

Los ojos de Tonio refulgieron de venganza y, al anochecer, temblando de coraje, y ajeno al propio peligro que corría, salvando mares de nieve, volaba para cortarles el paso en el camino por que forzosamente tenían que pasar los amantes para huir a la cesárea villa.

—¡Alto!—les gritó—¡Detenéos!

—¡Dios mío!—pronunció Nedda al ver a Tonio.

—¿Qué quieres tú de nuevo?—encaróse Silvio con Tonio.

—¡Tu vida, ladrón, si no renuncias a esa mujer y huyes de su lado por siempre más!

—¡Aparta, bribón!

—¡Defiéndete, sangre azul, o te juro que te mato!

—¿Te atreves, mendigo?... Cara pagarás tu osadía...

Los dos rivales lucharon con denuedo cuerpo a cuerpo, y rodaron ambos, alternativamente, por el helado suelo con instinto de exterminación mutua.

Nedda, aterrada, asistía a la sangrienta pelea y les gritaba con febril desesperación que cesaran la inhumana riña.

Pero ellos no la oían y, por fin, sus cuerpos lograron separarse para desplomarse, el de Silvio, en el fondo de un abismo, y tambalearse, el de Tonio, hasta caer a pocos pasos de Nedda, trágicamente pasmada, sobre el enganche del trineo del Barón.

Los dos briosos caballos que arrastraban el coche de las nieves galoparon a su albedrío al sentir el peso del cuerpo de Tonio, y Nedda cerró los ojos adivinando su horrorosa muerte.

Al apuntar el alba del nuevo día, los heroicos monjes del Gran San Bernardo, salían acompañados de sus perros famosos en busca de los viajeros extraviados, y encontraron el cuerpo herido del barón Silvio, lo identificaron y lo condujeron a su castillo.

Nedda, aterrada aún por las violentas emociones sufridas, vagaba a la ventura, sin rumbo, sin noción de la vida...

¿Y Tonio? ¿Qué había sido de él?...

Viviendo al azar, de sus cantos y bailes,

Nedda llegó hasta un pueblecillo pintoresco de la refulgente Italia.

—Es una mendiga—comentaban los lugareños.—Dicen que está buscando un desaparecido enamorado... Nadie sabe ni de dónde viene ni a dónde va.

En «El Zorro Blanco», Giacomo arrepentíase en vano del exceso de furor que le ofuscó hasta el extremo de impelerle, en lugar de obligar al Barón a enderezar el honor de su hija, a empujarle hacia el camino de la perdición.

Una noche...

—¡Tonio... y en este estado!...—exclamó Giacomo al ver aparecer en su mesón al pobre mancebo.

Los consumidores allí presentes, unieron su curiosidad y lástima a las de Giacomo.

En verdad, Tonio no era el mismo... Su cuerpo no era más que una masa sin armonía y su rostro tenía la mueca del pobre Quasimodo que nos legó el inmenso Víctor Hugo.

Sin embargo, su alma no había cambiado.

A las miradas de asombro que le dirigían sus antiguos amigos, Tonio correspondió con esta súplica:

—Decidme... ¿habéis visto a Nedda?

—¡No, Tonio... como si hubiese muerto! ¿Y tú, sabes algo de ella, de mi desventurada hija?—preguntóle Giacomo.

—Hace algún tiempo... desde que yo estoy así...

—¡Cuéntanos, Tonio, dónde y cómo la vistes!.

—¡Oh, no me lo recordéis!... Fué la noche de su fuga con el barón Silvio... Yo me interpuse en su camino... el noble luchó conmigo... le dejé por inutilizado... pero caí desvanecido a mi vez... y fuí arrastrado por los caballos de su trineo... hasta que unos viajeros lograron detenerlos... y así me sacaron, casi sin vida ya, del

enganche... No sé exactamente lo que fué del Barón... pero me temo que lo dejé con vida... En cuanto a Nedda... sabe Dios lo que habrá sido de ella... ¡Pero juraría que vive!... ¡Los dos viven... y juntos!

—¿Dónde? ¡¡Quisiera saberlo!!—clamó Giacomo.

—Lejos, muy lejos deben estar... Y yo... por culpa de esos miserables... a causa del terrible accidente de que fuí víctima... he quedado contrahecho... casi un monstruo... sombra de lo que fuí ..

—¡Pobre Tonio!—rumorearon los presentes.

—Pero yo encontraré a Nedda... La buscaré mientras tenga aliento... Adiós, amigos... salud y suerte...

—¡Tonio!... Tu mano... Perdóname...—díjole, emocionado, Giacomo.

—Adiós, Giacomo... Comprendo que tu herida sea también muy honda...

Y desapareció...

Y su marcha, lenta y dolorosa, dejaba en el mesón como una estela de martirio...

Entretanto, en el pueblecillo donde se refugiara, Nedda era raptada, mientras ella dormía en el portal de una casa, por un satélite del empresario del único cafetín-posada de aquel lugar, y conducida a dicho establecimiento de diversión y orgías.

Esta manera de contratar a las esclavas de la bulliciosa concurrencia no era precisamente la más legal, pero tenía la ventaja de no perder el tiempo en palabras. Una vez en el cafetín la interesante camarera, era más fácil llegar en el acto a un acuerdo.

El alma de toda fiesta era el noble Canio, jefe de una «troupe» de comediantes, el payaso jacarandoso que siempre ríe, sembrando la alegría en el alma de los demás.

Al ver a Nedda moverse cohibida y temerosa en el dudoso establecimiento, Canio no la perdió de vista, inspeccionándola a su antojo.

Un atrevido cliente del cafetín forzó a Nedda para que bailase con él, y sus labios apetecían groseramente los de la bella, que trataba de desasirse del salvaje.

Este insistía con más ahinco y, por fin, Canio, el payaso con corazón de caballero, resolvió salir en defensa de la hermosa desamparada.

Lucharon, por una mujer, la nobleza y la infamia. Venció aquélla... y ésta, humillada, con criminales propósitos arrojó sobre Canio y Nedda, sin alcanzarlos, una lámpara de petróleo que prendió fuego al cafetín.

Canio salvó de las llamas a Nedda y en la calle, fuera de peligro, no vaciló en cobijarla en su hogar... amplió y puro como el universo y el aire libre... ¡el campamento de los comediantes!

—Esta casa no tiene techo ni puertas, señorita... pero en ella estáis tan segura como en la mejor fortaleza —la indicó Canio.

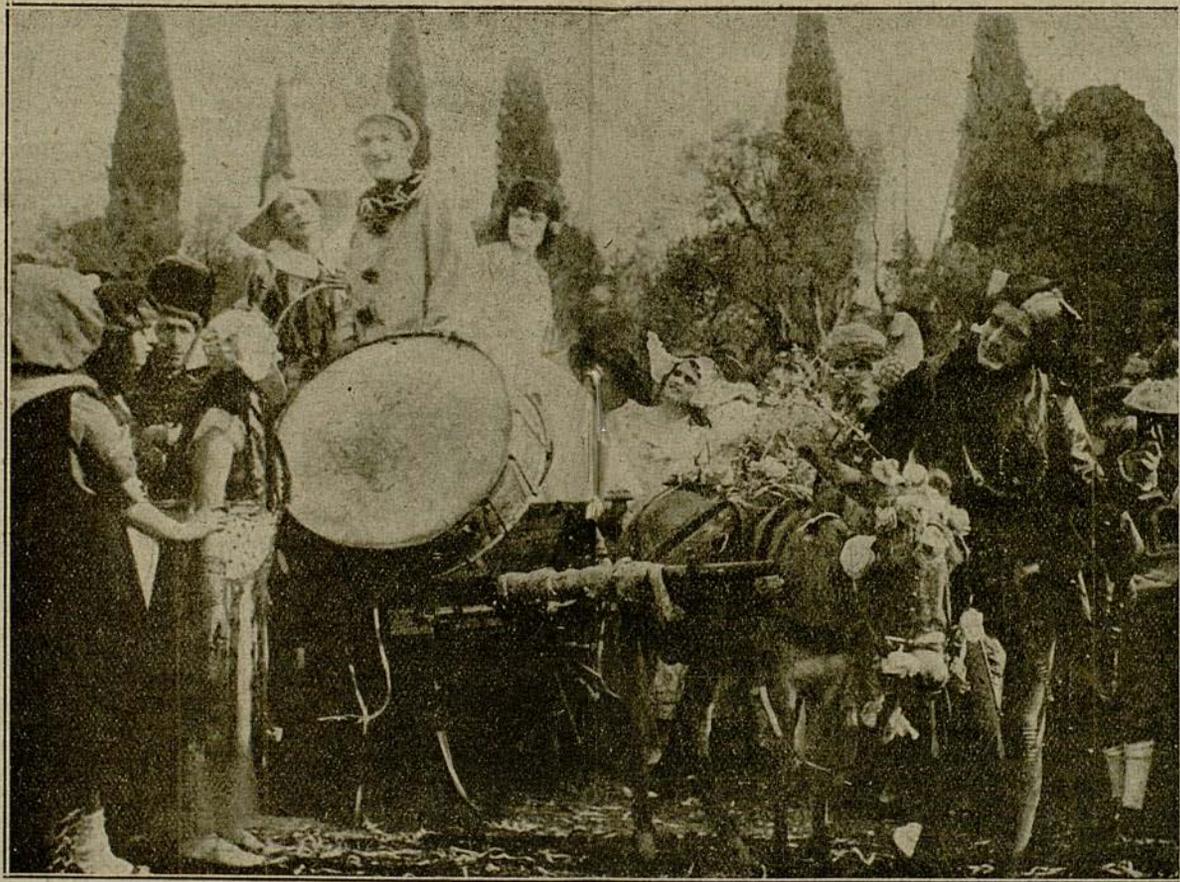
Y Nedda, por primera vez desde aquella horrorosa fecha, sonrió...

Pasaron algunos días, durante los cuales Nedda se convenció de haber hallado un buen amigo.

En cambio Canio creía haber encontrado el corazón que latía al compás del suyo... de su pobre corazón... de su corazón de poeta.

Cierto día, Canio y Nedda se paseaban por los bellos alrededores del campamento de la farándula, soñando él... siguiéndole, maquinalmente, ella...

—Si nos sentáramos aquí, Nedda, frente a este torrente apasionado que murmura al monte su eterna canción...



*El carro de la farsa.*

—Si es su gusto, Canio... ¿Qué libro es el que usted lleva?

—Es mi última obra, Nedda... Ha sido inspirada por la benéfica influencia de un ser nuevo que conocí en mis sueños...

—¡En sueños!... ¡Qué dulce es soñar, Canio!

—¿Ha soñado en el amor, Nedda?

—Alguna vez...

—¿Y su ideal... vive?

—Le llevo en mi alma... Lea, Canio, soñemos...

Canio recitó el más elocuente párrafo de su obra, para que Nedda se diera por aludida.

*«Te quiero... eres mía... volar quisiera contigo donde se sueña sin despertar jamás... ¿Por qué es fuerza que recele de todo ser vivo?... ¿Quién al verte no te ha de adorar?»*

Nedda posó sus entornados ojos sobre el escrito de Canio, y al terminar éste su frase, ella recitó, dejándose llevar por las alas de la fantasía:

*«Los dos formamos un mundo aparte, el Universo entero. ¿Qué nos importa vivir mezclados entre los demás? ¡Si al amarnos como lo hacemos, nadie es superior a nosotros!»*

Mas se apagó pronto la ilusión de Nedda... con el retorno a la realidad... Ella pensaba...

Pero Canio, rendido por el gran amor que le inspiraba Nedda, le suspiró:

—¡Nedda... Nedda! Tus gestos de iluminada arrebatan mi corazón... No puedo ocultarte por más tiempo que te amo... ¡Te quiero como lo hacen los protagonistas de mis obras a las mujeres de ensueño que yo forjé!

—No, Canio... no me hables así... Mi corazón está muerto para el amor... Tú no sabes... mi pasado...

—Mi amor, Nedda, es toda mi vida... ¿Tu pasado?... ¡Qué me importa!... ¡Tú eres la mujer que soñé para esposa de un hombre humilde

pero honrado como yo! ¡Quiéreme, Nedda... ¿Verdad que me amas?

—¡Sí, Canio!...

\*\*\*

Canio y Nedda acabaron por casarse. Era en la realidad la fantástica unión del Pierrot y



—...¡Quiéreme, Nedda!... ¿Verdad que me amas?

—¡Sí, Canio!...

Colombina... la del enamorado de la luna y la muñequita coquetueta que no desconoce ciertamente el cálculo y la conveniencia.

Un día, dos de los tres comediantes que trabajaban en sus obras con Canio, se despidieron de éste diciéndole:

—Ya estamos cansados de cobrar sólo con

gloria... Hemos encontrado quien nos paga mejor nuestras creaciones.

Canio les replicó con reproche:

—Me abandonáis cuando más os necesito... Nada de extraño tiene que tan bien interpretéis en la farsa los papeles de la falaz Colombina y el traidor Polichinela.

Pero éstos se fueron del campamento aunque Colombina dijera a su compañero el Polichinela que no estaba bien lo que hacían con Pierrot.

Canio quedó naturalmente preocupado pues tendría que suspender las funciones mientras no encontrara a dos artistas capaces de ocupar la vacante dejada por la ambiciosa pareja que iba en pos de mayor éxito pecuniario...

Nedda, decidiéndose a encargarse del papel de Colombina, se lo dijo a Canio con vehemencia, y éste premió su gran idea con sendos besos de pasión ciega, desenfrenada.

El comediante que seguía fiel a Canio, o sea el que interpretaba el papel de Arlequín, interrumpió a la fe iz pareja, para comunicarle que un pobre hombre llegado de muy lejos deseaba hablar con Nedda y también trabajo.

Nedda estremecióse ligeramente dominando su sorpresa a tiempo de no ser descubierta por Canio.

Este, extrañado de tal visita, miró a Nedda y tras su inspección manifestó:

—Los ojos de mi esposa me dicen que este hombre, sea quien sea, puede ser mi amigo. Vamos a verle.

De modo que Nedda y Canio siguieron a Arlequín que los condujo ante el hombre que quería hablar con aquélla.

Ese pobre hombre, como le nombrara Arlequín, era... ¡Tonio!

¿De dónde llegaba?

¿Cómo había sabido el paradero de Nedda? ¡Ah, sus largas caminatas no habían sido en balde!

Al verle, Nedda tembló toda.

¿Que querría Tonio de ella?

¿Sabía que ella era la esposa de Canio?

Tonio se sintió renacer a la vida frente a Nedda.

Pero lo mismo Nedda que Tonio fingieron no conocerse más que en calidad de habitantes de un mismo pueblo.

Canio, ante la deformidad de Tonio, vió el Polichinela ideal para sus obras, y le dijo:

—Conque ¿deseas trabajo?... Poco me importa conocer quien eres ni de dónde vienes... Siendo amigo de mi esposa... ¡también lo eres mío!

—Gracias—contestó Tonio estrechando la mano que Canio le había ofrecido.

—Oye... ¿te sientes capaz de interpretar los papeles de Polichinela?—prosiguió Canio.

Y Tonio suspiró:

—El cuerpo contrahecho... casi jiboso, el ademán torpe, el aspecto ridículo... Creo que reuno todas las condiciones necesarias para encarnar el monstruoso personaje... y hacer reír.

—Quedas, pues, aceptado entre nosotros. Mira con quienes deberás trabajar: Nedda, la Colombina; he aquí a Arlequín; tú, Polichinela; y yo, Pierrot... Desde hoy, puedes comer y dormir en nuestro campamento.

—Muchas gracias, compañero.

Cuando Tonio quedó a solas con Nedda salvó el dique de su amor por ella:

—Nedda... vengo buscándote desde muy lejos... siguiéndote el rastro como si sin verte fuera imposible mi vida.

—Pues perdiste el tiempo, Tonio... Te forjaste ilusiones imposibles... Yo estoy casada...

—¿Casada?... ¿Con Canio?

—Sí... con el payaso...

Tras esta explicación, Nedda dejó solo a Tonio, y éste, que convirtiéndose de hombre en monstruo por el amor de ella, sintió que a sus pies se abría un abismo insondable... *¿Cómo atreverse a traicionar al hombre noble y generoso que le había acogido?*

Pocos días después, Nedda debutaba brillantemente en el papel de Colombina de la comedia «La Venganza de Pierrot». Su belleza le aseguraba el triunfo.

También debutaba Tonio... Su deformidad le aseguraba el triunfo. Resultaba un Polichinela perfecto.

La farsa representaba la traición de Colombina a Pierrot con Arlequín. Polichinela, que amaba a Colombina y era despreciado por ella, fingíase cómplice de aquellos amores pero al fin daba a entender, con sus maliciosas palabras, a Pierrot, que Colombina le era infiel.

Arlequín, que estaba con Colombina, debía saltar por la ventana de la habitación en que le había recibido la casquivana, cuando Polichinela avisaba a los amantes la llegada de Pierrot.

Pierrot, temiendo que alguien acababa de salir de la habitación—el comedor—donde encontraba a su esposa, le preguntaba a ésta si eran ciertas sus sospechas.

Colombina negaba... pero entonces aparecía Polichinela y su malicia hería de pleno a Pierrot.

*Créela, Pierrot...*

*Unos labios tan bellos*

*No pueden mentir*

*¡Más vale que al menos*

*Lo creas así!*

Cegado por los celos, Pierrot, convencido por el espanto de Colombina, de su engaño, le daba muerte.

Entonces, Pierrot se adelantaba al proscenio y decía a los espectadores:

Señoras y Caballeros,

La Comedia ha terminado.

La comedia resultó brillante.

El público aplaudió frenéticamente.

Los intérpretes eran agasajados como unos grandes artistas.

Canio agradecía, con Nedda, tanta simpatía, desde la escena, y de pronto, con extraordinario sobresalto, Nedda vió en el fondo de la sala... ¡al barón Silvio!

Ahogó un grito en su garganta y harto difícil le fué ocultar su agitación.

Silvio, sonriente, la saludó descubriéndose la cabeza.

Canio, afortunadamente, no le vió.

Cuando la cortina no se corrió más para seguir correspondiendo a los aplausos del público, Canio abrazó a Nedda, y, cubriéndola de besos—que a ella le molestaban—exclamaba:

—Has triunfado de pleno, Nedda... Todo te lo debo a tí... ¡Mi felicidad!... ¡Mis éxitos!

Las sombras de la noche ponían su triste nota en el campamento de los comediantes.

Durante una ausencia de Canio, que con Arlequín cuidaba del campamento, Colombina releyó una nota que recibiera, después de la función, de parte de Silvio.

Decía el escrito:

*Mi Nedda adorada:*

*El azar me ha puesto en tu camino, cuando con mayor afán te buscaba, pues es cuando más te necesito. Si aun me amas, si no olvidaste cuanto nos quisimos y lo mucho que nos hubiéramos querido de no interponerse entre*

los dos la desgracia... ven esta noche al bosque.

*Tu Silvio.*

Tonio, que no perdía de vista a Nedda, sintiéndose feliz teniéndola cerca, le salió al paso cuando ella iba a acudir a la cita de Silvio, y le habló de esta manera:

—Nedda... precisa una explicación... Me has recibido friamente... sin apiadarte siquiera de mi dolor...

—No sigas, Tonio... ¡No puedo escucharte!

—Pero ¿es que has podido olvidar aquella noche horrenda?... Fui arrastrado por los caballos... Cuando me recogieron, mi cuerpo era una masa informe... Y hoy soy un monstruo... ¡Por tí... por haberte querido arrancar de las garras de un miserable!

—Y tú... ¿no comprendes que te odio más que nunca desde que intentaste matar al hombre que amaba... que amo aún?

—¡Que amas aún a ese libertino!... ¡Oh!... ¡En tal caso, el que conteníase por respetar a la esposa de un hombre noble, no debe ya detenerse ante la mujer liviana que trata de engañar a todos!

—¡Aparta!...

—¡No!... ¡Has de ser mía!... ¡Sí... del monstruo que tú forjaste!

—¡Pues toma!

Al decir esto, Nedda hirió la pobre carne de Tonio con una fusta, dejándole tendido raibando.

A poco, Nedda se entrevistaba con Silvio...

Mientras que Tonio, olvidando su propio dolor, recogía del suelo los pedazos del escrito del Barón a Nedda que ésta rompió allí mismo, y reproducía la carta delatora.

¡En sus manos estaba la venganza!

Nedda, con el noble, en oculto lugar del bosque, le decía:

—Silvio, por Dios, olvídame... Veo que un destino implacable nos separa... Te esperé en vano tanto tiempo... Ahora soy la esposa de un hombre honrado que me adora...

—¡Oh, Nedda!... ¡Qué importa!... ¡Tú no puedes amar a ese payaso grotesco!

—Te he visto y soy dichosa... pero no debemos ya vernos nunca más... Mañana salimos de este pueblo... ¡Digámonos adiós para siempre!

—¡Eso nunca!... Te seguiré como tu sombra, donde vayas... hasta que te decidas a huir conmigo... a ser feliz... ¡Porque te quiero!... ¡Nos queremos!

Tonio, al ver aparecer a Canio junto a su tienda de campaña, en la que suponía estaba Nedda descansando, pues la entrada estaba cubierta por medio del enlace de dos faldones de la tela con un cordón, le llamó y le puso a la vista los trozos, unidos, de la cita del Barón a Nedda.

Canio no quiso leer, indicando a Tonio que no olvidara, para su mejor gobierno, que nunca leía más cartas que las que le estaban dirigidas.

Tonio hizo una mueca... ocultó el comprometedor escrito... y compadeció a Canio.

Pero él estaría alerta...

Nedda al regresar al campamento, lo hizo con gran sigilo, y, viendo a Canio dormido al pie de la entrada de la tienda de campaña, penetró en ésta por la parte trasera, separando los dos faldones de la tela y volviendo a unir éstos con un cordón.

Todos los años, en las venerables ruinas de Adriano, a pocas leguas de Roma, celebrábase una típica y original fiesta campestre, con todas las características de una mascarada y el encanto de una espontánea fiesta popular.

La comitiva ruidosa del «Rey del Festival» — un Sancho más bebedor que un papel secante — parecía la vanguardia de la locura.

Para mayor brillantez del original festejo, la «troupe» de Canio había anunciado una grandiosa representación para la noche.

Esto tenía lugar unos días después del encuentro de Silvio y Nedda en el pueblecillo donde ésta y Tonio debutaron como comediantes.

El carro de la farsa seguía a la comitiva del «Rey del Festival» y Canio, el payaso, echaba al viento el anuncio de la función:

*Esta noche podréis ver  
La coqueta Colombina  
Y la venganza terrible  
Del desdichado Pierrot.*

Al cesar la caravana alegre su desfile, alguien se acercó con misterio a Nedda, Colombina, y la entregó un papel.

Tonio lo vió...

Nedda se alejó de Canio y leyó el escrito.

Era de Silvio.

Decía:

*Te espero esta noche en la Columnata.*

Tonio sonreía... mezcla de rabia y pesar...

Poco después, Canio llamó a Arlequín y Tonio para quedar convenida la hora en que deberían estar preparados para la función.

Como quiera que Tonio no acudía, pues estaba vigilando a Nedda, Arlequín se permitió chancear así:

—Tonio llega siempre tarde porque se entretiene haciendo el amor a tu esposa... a Colombina... como en la farsa.

Canio le interrumpió secamente y asió por el cuello a Tonio que llegaba en aquel momento.

—¿Qué haces, Canio?—preguntóle, espantado, Tonio.

—¡Fué una broma, Canio!—gritó Arlequín.

—¡No las tolero sobre este asunto!—dijo Canio soltando a Tonio— ¡Sufro demasiado!... Si Colombina se portara en la vida como en la escena... yo moriría de dolor... pero antes... ¡el Pierrot grotesco se vengaría como los demás hombres de honor!

Por la noche, momentos antes de disponerlo todo para la representación, Nedda acudió a la cita de Silvio.

Tonio estaba al acecho... y hasta su fino oído llegó esta frase apremiante de Silvio a la veleta:

—Necio fuera seguir atormentándonos, Nedda mía... Huyamos juntos... a gozar de la felicidad que merecemos.

Nedda cayó en brazos de Silvio y Tonio, que ya había visto y escuchado bastante para dar salida al virus que le corroía, fué a poner sobre aviso a Canio que estaba con unos conocidos de aquel día en una especie de merendero.

—Despierta ya de tu ridículo letargo... ¡Payaso!... ¿No ves que mientras tú estás aquí, satisfecho de vivir, tu mujer... tu Colombina está holgando con otro?

—¿Qué has dicho, miserable?

—¡Juro decir verdad!... Si lo dudas, ven conmigo y te convencerás.

Canio, falto de aliento por la gran emoción que experimentaba, siguió a Tonio y vió por sus propios ojos a los miserables.

—¡Déjalos ahora! —le aconsejaba Tonio forcejeando con él.

—¡No!... ¡Ahora mismo mato a ese miserable!

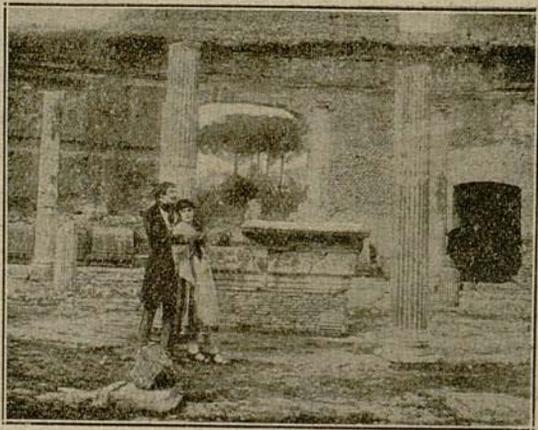
Pero Silvio huyó a tiempo... sin haber sido reconocido.

Nedda volvió al campamento y se amparó en la protección de Arlequín.

Cuando regresó Canio de sus infructuosas pesquisas en busca del ladrón de su amor, se abalanzó a Nedda y vociferó fuera de sí:

—¡Quiero saber su nombre... el nombre de ese infame cobardel! ¡Pronúncialo en el acto o te juro que nunca más te reirás de mí!

Arlequín detuvo el brazo con intento homicida de Canio; Nedda aprovechó su interven-



Nedda cayó en brazos de Silvio ..

ción para apartarse de ellos, y entró en su albergue de tela para llorar lágrimas de cocodrilo.

Canio quería seguirla blandiendo aún un afilado cuchillo, mas Arlequín se lo impidió:

—¿Qué vas a hacer, desventurado?... ¡Ea, cálmate!... No es, tal vez, para tanto... El público llega. Ve a vestirte...

Canio tiró el cuchillo al suelo y contestó a

Arlequín.

—¿Trabajar esta noche? ¿Pero no ves que sufro una amargura que nunca hombre alguno pudo soportar?

—¡Pobre Canio! ¿Qué le importa al público tu dolor?

—Sí... tienes razón... me debo al público... He de hacerle reír... reír siempre... ¡aunque sangre mi corazón!

Y Canio, recordando su papel, entró en su camarín de bohemio andante y en él su alma exhaló quejas.

—¡Mi Nedda! ¡Mi adorada Colombina!

Tonio, que espiaba a todos, recogió el cuchillo que Canio arrojó al suelo y con él substituí en su camarín, sin que el payaso notara su presencia, el cuchillo de guardarropía que salía en la función.

Canio luchaba consigo mismo, con el amor y el desengaño.

—¡Vístete de fanteche...PAYASO!... El público paga... ha comprado tus risas... es cierto... Tu alegría o tu dolor ¿qué le importa?... ¡Ríe!... ¡¡¡Ríe, Payaso!!!

En su excitación, Canio cogió el cuchillo que cambiara Tonio, y al ver su afilado corte una idea maquiavélica atravesó su mente... ¿Quién había depositado allí ese cuchillo que él tirara lejos de sí? ¡Poco importaba! ¡El destino, sin duda!

Y guardólo en un bolsillo de su disfraz.

Y mientras el público apretujábase para ir a reír, el desventurado payaso terminaba el horrendo suplicio de disfrazar su dolor con galas grotescas... y las lágrimas que arrastraban el blanquete hipócrita... eran secadas por más blanquete... ¡Y a reír!

Y dió principio la función.

Polichinela declaraba su amor a Colombina.

Esta le rechazaba... Arlequín aparecía por el balcón... Colombina le amaba... Polichinela era testigo de la infidelidad de la esposa de Pierrot y avisaba a un tiempo a los amantes de la llegada de Pierrot y a éste de la traición de Colombina.

Pero esta vez, Polichinela dijo a Pierrot:

—Anda, ve a fingir una vez más en la escena el ridículo papel que estás representando en la vida... Véngate grotescamente... y... ¡haz reír... Payasol

Canio salió a escena y su aparición fué saludada con unánimes aplausos de la concurrencia bulliciosa...

Nedda, la Colombina real, vió que Canio no era el mismo, que sus ojos centelleaban de furor.

Siguió la farsa.

—Colombina traidora

¿Con quién mancillas mi honor?

—Sola estuve; te lo juro.

—¡Dime en seguida su nombre!

¡Su nombre exijo, liviana!

—Ya te dije, Pierrot mío,

Que nadie salió de aquí...

Polichinela, sediento de venganza, asomaba su cabeza por la puerta y decía con irónica expresión:

Créela, Pierrot...

Unos labios tan bellos

No pueden mentir.

¡Más vale al menos

Lo creas así!

Ante la amenaza de Pierrot, Polichinela desaparecía.

Y se preparaba el drama.

—¡Su nombre, he dicho... malvada!

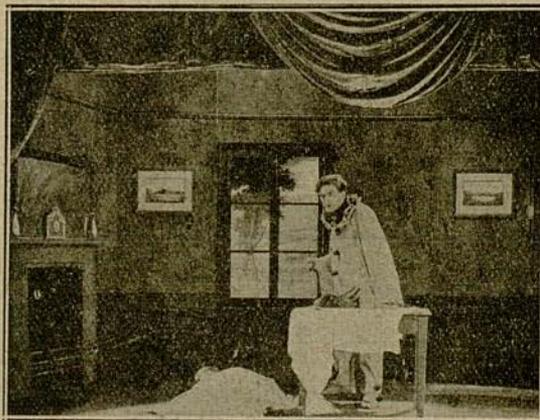
—¡No te importal... ¡¡Payasol!

A partir de este momento, la farsa tomaba caracteres de verdadera tragedia.

El público, desconcertado, se preguntaba si era realidad o fantasía aquello.

El barón Silvio, oculto entre los espectadores, temía lo primero... y seguía atento el menor movimiento de Pierrot para defender, si ello fuera preciso, a Nedda.

De los imponentes gestos de cólera ante el engaño de Colombina, Pierrot pasó a renun-



Y Pierrot le hundió, como en la farsa, su cuchillo en el corazón.

ciar a la farsa para convertirse en un hombre, y conminó a Nedda a decirle la verdad.

—Basta ya de farsa, Nedda... Ya no es Payaso quien habla... ¡¡Su nombre... por última vez!!

—No... no lo sabrás...

—Pues toma... Te lo prometí...

Y Pierrot le hundió, en un instante de lucha

con Colombina, como en la farsa, su cuchillo en el corazón.

—¡Socorro!... ¡¡Silvio!!—clamó Nedda al morir.

El público gritó espantado...

Silvio se abrió paso y se arrojó sobre Pierrot para vengar a Nedda... mas éste, que lo esperaba, partióle también el corazón.

Dos guardias civiles detuvieron a Pierrot... y éste, antes de seguir a la justicia, se adelantó al proscenio, como otras veces, y, hecha trizas su alma, anunció a los espectadores:

—Señoras y Caballeros

¡La comedia ha terminado!

FIN

*(Prohibida la reproducción.)*

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

---

PRÓXIMO NÚMERO: **La Isla maldita**

preciosa producción interpretada por la monísima estrella **CORINNE GRIFFITH**

Postal-fotografía: **JOHN BARRYMORE**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles.

Precio 25 céntimos

---

**Importante** No deje de leer el anuncio del dorso de la portada. Le interesa

---